

Unos granos perdidos,
algún insecto
y yerba fresca, bastan
á su alimento;
siendo tan sobrias
que hasta sin agua viven
lucias y gordas.

—
Luego que la alborada
tiende risueña
leves tules, á modo
de polvareda,
ya las perdices
la luz del nuevo día
gratas bendicen.

—
A su alegre concierto
no se adelantan
las totovías mismas
tan ponderadas,
con muy notoria
razón, de vigilantes
madrugadoras.

—
Siguen á los saludos
acostumbrados,
dúos interminables
entre los machos;
mas de un carácter
que parodian reyertas
de vecindades.

—
Cada pájaro campa
por sus respetos
en la zona que estima
su propio suelo;
y no permite
que ningún otro prójimo
en ella pique.

—
Búscanse, pues, airados
para embestirse,
erizadas las moñas,
picos en ristre;
llevando á zaga
las hembras, á estos lances
jamás extrañas.

—
Es de ver una lucha
de perdigones.

¡Qué lluvia de picazos,
qué de rebotes!
¡Qué fiero empuje,
y qué de saltar plumas
hasta las nubes!

—
Al fin el menos hábil,
ó más pazguato,
la retirada emprende
á vuelo bajo;
mientras entona
sobre una piedra el héroe
cantos de gloria.

III

Estos hechos de amores son causa de la perdición
de la perdiz, que por medio de artificios holgadamente
puede matar el avisado cazador.

—
Marcadas sus querencias
y comederos,
á las inmediaciones
practica un hueco
para ocultarse
á la sutil pupila
de aquellas aves.

—
Al efecto, descuaja,
corta, entreteje,
de las varias malezas
que se le ofrecen,
como tamujos,
marañas y romeros
y otros arbustos.

—
Una estrecha abertura
después proyecta
destinada al servicio
de la escopeta;
cuidando gire
sobre plantas suaves
que no rechinen.



GARZA REAL, FOR KRONER!

De la tronera al frente,
y á tiro próximo,
el voladillo forma
ó nicho cómodo,
que, puesto en alto,
parece justamente
nicho de un santo.

—
Allí el pájaro embute
preso en su jaula,
que con los cordeletes
muy bien amarra:
quita el capillo,
y corre apresurado
á su escondrijo.

—
Miradas cautelosas
dirige al pronto
el cautivo entre alambres
por el contorno:
luego le anima
de los alegres campos
la perspectiva.

—
Y si, como presumo
y me conviene
sentar, un media espada
siquiera fuere,
presto olvidado
de su amarga clausura,
sale cantando.

—
Sus compañeros libres
en pos contestan
(al menos también quiero
que así suceda);
y viene entonces
un *allegro*, alegría
de cazadores.

—
Estos desde tal punto
ojos y oídos
son ya no más: el cuerpo
yace tullido.
Tal vez respiran,
pues contra sus deseos
pugna la vida.

—
Un lindo par, de súbito,
entra en plazuela;
esto es, bajo los fuegos

Tomo III.—Caza mayor y menor

